

6. FORTALEZAS Y DEBILIDADES DEL PUEBLO ANTIOQUEÑO

6.1 Una herencia múltiple de fortalezas y debilidades

En más de 400 años de Conquista, Colonia e Independencia hasta bien entrado el siglo XX, se fue configurando en Antioquia un conglomerado humano de características propias, con una serie específica de fortalezas y debilidades, (otros dirán virtudes y defectos) que día a día se han ido haciendo más notorias en todo el país. El reunir las en un haz apretado, no es por un interés moralizador, sino para que un conocimiento desapasionado de ellas nos lleve a superar las fallas y deficiencias, y acrisolar los aciertos y fortalezas. No se trata de preferir, pero tampoco de renegar de ninguno de los ancestros que nos han marcado. Ni el indígena o el negro que perduran en su sangre inmolada o pisoteada; ni el cristiano viejo que, a pesar de su ambición de riqueza y su conquista arrasadora, nos dejó legados preciosos; ni el converso, dinámico, laborioso e inteligente, pero de una ambivalencia que no nos permite definir el rum-

bo hacia la plena realización de nuestras potencialidades.

¿Por qué el antioqueño es amado y temido, respetado y denigrado, apreciado y odiado al mismo tiempo? Pues porque en su interior hay una dualidad, una ambigüedad, una contradicción interna que le impide realizarse con decisión. Se lo admira por su gran capacidad en lo económico, aunque no tanto en lo político; pero se le teme y aun se le odia, porque su ambición no repara en medios. El gobernador Silvestre decía que los antioqueños de su época eran “jesuíticos”, lo que muchos han interpretado como que para ellos el fin justificara cualquier medio, por violento o criminal que fuera. En realidad lo que los caracterizaba era, más bien, una especie de casuística donde se valoran, no sólo los principios, sino su aplicación a cada caso, algo diferente al maquiavelismo, pero que se puede tergiversar en tal sentido. Dicho espíritu perdura hasta hoy.

Se dice que el pueblo antioqueño, incluyendo los que se han es-

parcido por toda la geografía del país, aun en la propia capital de la república, compone más de la cuarta parte de los habitantes de Colombia. En 1921 era ya el 21,3% de la población, pero crecía a una tasa del 2,6%, en comparación con menos del 1,5% del resto del país.¹¹⁴ Es un número impresionante, pero, quizás más, lo son sus fortalezas y debilidades. Cuando el pueblo antioqueño integre en lo más íntimo de su personalidad los caracteres casi contradictorios que habitan en su ser; cuando llegue a un equilibrio a la francesa, o a la sofrosine de los griegos, con gran ecuanimidad y confianza en sí mismo, pero con inmenso respeto y aprecio a los demás, podrá ser uno de los pueblos que lideren a Colombia por derroteros de avance y asombrosas realizaciones. Es lo que afirmaba Fernando González en *Los Negroides*: “Colombia tiene un principio de personalidad en su Departamento de Antioquia, poblado por judíos y vascos, mezclados bastante con el negro y con el indio. Allí existe un pueblo fecundo, trabajador, realista y orgulloso, que le está dando unidad al país y que parece capaz de terminar su misión...”¹¹⁵

6.2 Principales fortalezas

Una de las fortalezas más destacadas es su religiosidad acendrada, que invade todos los ámbitos de la

vida diaria, fundamentada y desarrollada desde la más tierna infancia en el hogar, así haya que replantear profundamente su catolicismo para que no se quede en ritualismos y clericalismo y en la construcción de majestuosos monumentos: iglesias, capillas, cementerios e imágenes, o en abundantes instituciones de servicio: asilos, hospitales, colegios y universidades clericales. Su religiosidad comporta una profunda inconsistencia, heredada del origen converso, es decir, de personas con profundas convicciones católicas, pero de una moral casi exclusivamente judía.

Luego viene, indiscutiblemente, su amor intenso a la familia, que es como un clan oriental, pero la carcomen comportamientos muy contradictorios. Aunque predomina un machismo a ultranza, el matriarcado es aún más fuerte. (¿Será que las primeras madres indígenas menospreciadas, y cuya cultura se quiso aniquilar, vuelven así por sus fueros frente a la arrogancia de los varones europeos que las forzaron a ser sus consortes?) El padre pone la plata, pero es la madre quien cría los hijos y manda en el hogar. Hay algo notorio y casi único en el país. El antioqueño, hasta hace poco, no expresaba sus sentimientos y sensibilidad más que con tarjetas, regalos, oraciones. Nada de manifestaciones afectivas externas. No exis-

¹¹⁴ Cfr. Melo, *Historia Económica de Colombia*, p 120 y 122

¹¹⁵ Fernando González, *O. c.*, p. 47-48

tía el Tu entre hermanos, mucho menos con el papá o la mamá. Solo el distante Usted. No había abrazos, caricias, ni besos, casi que ni en la intimidad. Es que la afectividad iba contra el código más radical de los conversos, su puritanismo sexual. Aunque hay una gran unión entre los miembros de la familia, desgraciadamente, la lealtad entre padres e hijos, entre hermanos y parientes, se hace añicos cuando se estrellan contra los intereses económicos de uno u otro. Silvestre lo constataba ya en su tiempo: “no se perdonan, ni siquiera entre hermanos”.¹¹⁶

Otra virtud profundamente arraigada es el amor a la tierra: Departamento, municipio, vereda, barrio, cuadra, patria chica, terruño. Pero mucho más, la ambición de poseer la tierra como tal: una huerta, un lote, una finca, ojalá más y más grande cada vez. Gran parte de la violencia de Medellín y municipios aledaños la han generado últimamente las bandas juveniles que defienden a sangre y fuego un “territorio” (las calles que demarcan su barrio o parte de él), aun contra sus propios vecinos. Todo antioqueño, al hallarse fuera, añora la tierra que lo vio nacer, y cualquier otro antioqueño que encuentre es un “paisano”, un coterráneo, un hermano. Fraternidad judía. Pero, dentro, el aprecio por el Municipio y el Departamento, por la cultura y las tra-

diciones propias casi desaparece; los atropella sin consideración.

De hecho, el antioqueño ha sido uno de los más depredadores del ecosistema en aras de su enriquecimiento, de acaparar tierras “corriendo cercas”, falsificando escrituras, desplazando o asesinando indígenas y campesinos con violencia despiadada y guerras criminales. El culto al hacha, incrustado en lo más vibrante de su himno, muestra su inclemencia en destruir tierras, deforestar montes, asolar faldas y cañadas. Cuando del cultivo inicial de cerdos en la epopeya colonizadora se pasó a la ganadería bovina, las mejores tierras se entregaron a las bestias, mientras los humanos se tuvieron que arrinconar en riscos escarpados. Sus pueblos adolecen de tres efes: fríos, feos, faldudos. Nada más aberrante que el urbanismo de Medellín; la mayoría de la población pobre y aun rica asentada en faldas escabrosas, mientras en el valle se asientan fábricas sin número, asfixiando el aire y contaminando el agua.

Lo más precioso de todo el valle, un terreno plano de más de 1.000.000 de metros cuadrados donde podría construirse el conjunto urbanístico más bello y funcional, sigue dedicado a un aeropuerto para usuarios que no viajan más de media hora, lo que podrían hacer fácilmente desde el magnífico

¹¹⁶ Silvestre, *Relación* p 251

aeropuerto José María Córdoba, totalmente subutilizado. ¿No se podría pensar en una renovación urbanística de todo Medellín, densificando el centro y dejando las laderas para amplios y hermosos parques populares o, al menos, para grandes universidades, hospitales y otras instituciones semicampestres?

El elogio del erudito sociólogo antioqueño, Luis López de Mesa, a la “civilización de ladera”, no pasa de ser un cuento chino para encubrir la aberración del poblamiento de Antioquia y el Eje Cafetero. ¿No sería preferible que los antioqueños poblaran y cultivaran sus grandes valles en el Magdalena, el Bajo Cauca y el Nechí, y sobretodo en Urabá y, aun más allá de sus linderos, en los del resto de Colombia: Costa Atlántica y Llanos Orientales, y volverían a cubrir de bosques sus cañadas, laderas, cumbres y montañas? Al menos ya se habla de cuidar las cuencas hidrográficas, las quebradas y los ríos en el Valle de Aburrá y otras regiones del Departamento, en especial en el Oriente (Cornare), y de descontaminar el río Medellín, no menos que de entusiastas proyectos de reforestación. ¿Por qué no iniciar una nueva “colonización”, ya mucho mejor planeada; un nuevo movimiento centrífugo como el primero, para salir del Valle de Aburrá y crear innumerables pueblos, especie de agrourbes, con todos los encantos de la naturaleza, pero, también, con las inmensas ventajas de la tecnología moderna?

Quizás lo que más enorgullece a los antioqueños y que más destacan los de fuera es su habilidad para el comercio y la economía. Son comerciantes natos. Desde la infancia aprenden a contar con monedas o billetes, así sean los del “Monopolio o Tío Rico”. Claro que les gusta más sumar y multiplicar que restar y dividir. Desde la cuna se les inculca el ahorro en una alcancía, o en una cuenta de ahorros, o comprando acciones, si no es recibiendo de padres y padrinos una ternera, una potranca, cualquier animal que pueda engordar y reproducirse. En lo más bravío del desempleo actual, ningún antioqueño se queda manicruzado. Sale a revender cualquier chuchería en las calles, los parques, los semáforos, los buses, las puertas de los colegios, las entradas del metro, cualquier sitio.

No hay barrio, excepto las unidades cerradas de clase alta, (guetos con muralla como la que hoy construye Israel), en que los garajes de las casas no se conviertan en tiendas, y, si no los hay, se habilita la sala o una alcoba. Cuando ya el antioqueño o antioqueña posee unos cuantos ahorros pone una industria, así empiece con una famiempresa o microempresa financiada “con la plata del mister”, pues es un prestamista nato. La alcaldía de Medellín ha creado una fuente bellísima de financiación para estos proyectos, el Banco de los Pobres, con inmensos augurios. El antioqueño parece que estuvie-

ra todo el tiempo en función de “hacer plata”, de negociar, de producir. Esto es lo que le ha dado al Departamento y al Eje Cafetero ese impulso y ese dinamismo que nadie puede negar, aunque más de uno lo tema o lo resienta.

Una fortaleza o virtud complementaria de la anterior es la laboriosidad. Es trabajador incansable. Cuando emprende una tarea, no para hasta terminarla. Trabaja desde niño, pues en la mayoría de las familias se le inculca ayudar a sus padres o bastarse a sí mismo. Es curioso que hasta los más ricos no se cansen de trabajar y lo quieran hacer hasta el final de sus días. Los cristianos viejos en España y América despreciaban el trabajo. Sólo los pobres tenían que sujetarse a ese castigo de Dios. Los conversos, en cambio, tenían que trabajar y lo hacían sin pereza. Al llegar aquí, lo empezaron a hacer con más ahínco, pues se les abría una puerta amplia para su ambición de ganar plata y acaparar riqueza y tierras. Muchos tuvieron éxito y superaron a los cristianos viejos más ricos que ellos.

No obstante, su felicidad sería hacerse rico sin tener que trabajar. Ganarse una lotería o un chance, encontrar una guaca o una mina, recibir una gran herencia. Pero, caso curioso, también trabaja con dedicación en empresas comunitarias de beneficencia o como voluntario, sin esperar recompensa. Piénsese en

las empanadas y los bazares para construir templos, o en los convites para levantar o reparar escuelas, hospitales, caminos. Es que el carácter del antioqueño es tan contradictorio que tiene el “vicio de trabajar” y, quizás más, el de servir. ¡Cuántas ONG de servicio a la comunidad, y cuántos grupos de voluntarias y voluntarios en todas las ciudades, pueblos, corregimientos y veredas! Y ¡cuántos de catequistas y promotores sociales!

Hay una virtud bíblica muy arraigada entre los antioqueños, sobre todo del campo, donde primero se asentaron con libertad los conversos. La hospitalidad. Si uno llega a una casa de campesinos, a una finca de ricos, o a una casa de barrio de clase baja o media, el ama de casa lo primero que le ofrece es un “clarito” con panela, un tinto, una gaseosa, un traguito, cualquier refrigerio. Hasta posada y dormida si requiere. Llega casi al derroche la amabilidad con que atiende a las personas en el comercio (baja todo el surtido, aunque lo tenga que volver a recoger entero), y en las demás actividades. Si lo encuentras en una calle o camino y averiguas la dirección a que te diriges, te atenderá con el mayor gusto. A veces hasta te acompañará hasta tu destino sin exigir ningún pago.

El antioqueño es soñador e idealista, siempre pensando en que “amanecerán días mejores”. Eso le da fuerzas para trabajar sin descan-

so y volver a empezar después de cada fracaso. Cuando otro se daría por vencido, él cree que las oportunidades nunca han de faltar. El P. Huberto Restrepo dice que el antioqueño es Quijote y, a la vez, Sancho Panza. El Sancho está en el buen comer. Comida sencilla, pero sazónada, en compañía de la familia y los amigos. Amante del descanso y el buen dormir, como el gato de la poesía jocosa de Juan José Botero. Pero más que nada, amigo de la plata. Si anhela el poder es para hacer plata, si no, no vale la pena.

Pero es mucho más Quijote. Primero en el valor. Un valor que se vea, un juego con la muerte. Asombra su pasión por el juego: chance, lotería, bingo, cartas, dado, cinco y seis, todo lo que encuentre. Desde niño su pasión es jugar apostando lo que sea. “Peralta” (personaje del cuento costumbrista *A la Diestra de Dios Padre*, de Tomás Carrasquilla) se cuele al infierno y se pone a jugar tute con Satanás hasta ganarle millones de almas. El antioqueño admira al guapo, al bravucón, al que no se deja humillar por nada ni por nadie, así arriesgue la vida. Quijote también por su sed de aventuras y de recorrer mundo. Todo lo quiere conocer, todo lo quiere conquistar.

No hay límites para su imaginación ni para su acción. Muchas de sus mentiras son por “cañar”, por dárselas de mucho, porque en su interior forma un mundo de fantasías

y las cree realidades. De ahí sus exageraciones, aunque no crea las de los otros. Es curioso el uso frecuente, tanto del aumentativo como del diminutivo, aunque este último no lo utiliza para abajarse ni por servilismo, como el “mi amito” cundi-boyacense, o el “andandito” pastuso, sino para engrandecerse ante los demás. Peralta tiene como último deseo, que hace desesperar a San Pedro, achiquitarse, volverse del tamaño de una hormiga. Es que sólo así puede colocarse en lo más encumbrado, en medio de la Trinidad, en “el mundo” que el Hijo de Dios porta en sus manos. Así está más alto que los santos, los ángeles y los arcángeles. ¡Que espíritu tan paradójico!

Es agorero. Siempre probando fortuna, tratando de salir adelante, haciendo nuevos intentos. Se cree “de malas” y se queja de la suerte, pero lucha contra ella y espera que siempre habrá un futuro mejor para él y sus hijos. Carrasquilla dice que esto le viene de su ancestro minero, que siempre va tras El Dorado, siempre confía, sólo la muerte le puede cortar la esperanza. Una esperanza ciega de que la suerte se tiene que voltear. ¿Cálculo de probabilidades o experiencia de la vida? Quizás. Por eso es tan amigo del juego, aunque muchas veces, más importante que ganar dinero es que todos reconozcan que es el mejor, que es superior. Pero es terriblemente fatalista: “Lo que ha de pasar pasará y nadie lo puede impedir”,

“estaba escrito”, “nadie se muere la víspera”. Como la fatalidad es inevitable, tampoco el fracaso lo humilla. Es una fuerza superior, algo divino que se le impone, por lo cual lo tiene que afrontar, pues no es su culpa.

6.3 Debilidades más notorias

La dualidad, la contradicción interna del antioqueño es tal, que uno no sabe a que atenerse. Algunas de sus fortalezas son a la vez debilidades. ¿Será que, al menos, algunos de sus defectos son también virtudes? Siempre ha sido de espíritu austero, triste, sombrío. Es inclinado a visitar tumbas y rezar por los muertos. Su religión le inculcó desde niño y le remachó toda su vida una trilogía de terror: pecado, muerte, infierno. ¡Un camino tenebroso!. Una obsesión por el infierno. El P. Huberto dice que aquí “nunca se pensó en la resurrección”, menos aún en el cielo. Si acaso, en el purgatorio, imagen quizás más terrorífica que la del mismo infierno. Sus devociones preferidas eran la Virgen del Carmen y las Benditas Ánimas del Purgatorio con sus imágenes patéticas en alcobas, corredores, tiendas y fondas.

En el Rionegro de Silvestre se prohibían bailes, comedias y diversiones públicas, algo que perduró por siglo y medio, si no más. Sólo

hace muy poco, bajo el influjo de la radio y la televisión, la juventud empezó a disfrutar con desinhibición, hasta con desenfreno, de la vida, el deporte, las fiestas, las rumbas, la música, el baile, las piscinas, el cine, toda clase de diversiones, y hasta las drogas. Es más, ha empezado a romper con multitud de tabúes de tipo social y sexual, a hablar con soltura de su vida íntima, a dar demostraciones públicas de afectividad en calles y parques, aun de las repudiadas de homosexualismo. Pero en muchos casos se siente atormentado, confuso, como si estuviera haciendo lo que no debe hacer.

Es impresionante el número de mujeres, aun de las clases más altas, que se quedaban solteras de por vida para cuidar al papá o la mamá, o dedicarse a la Iglesia. Hoy lo hacen al voluntariado y a las ONG. En un libro reciente sobre las mujeres de Antioquia en actividades destacadas, de un total de 126 reseñadas, 24 eran solteras, además de una religiosa y varias viudas.¹¹⁷ En las iglesias, los sacerdotes congregaban a diario un grupo de mujeres, la mayoría solteronas o beatas, pero sin sentido de su dignidad de mujer ni de lo más íntimo de la personalidad del varón, para colocarlas como portaestandartes de sus campañas moralizadoras. Distorsionaron, así, lamentablemente, el rol religioso, tanto del varón como de la mujer, con gran perjuicio para ambos.

¹¹⁷ Cfr. *Mujeres de Antioquia*

Durante mucho tiempo, casi los únicos deleites permitidos, aunque sólo para adultos, eran el cigarrillo, el juego y la bebida. El “aguardientico de mi Dios” que se bebe desmesuradamente y el juego con apuestas descomunales. Tal vez no arriesguen la mujer y las hijas como en otras culturas, pero sí todos los bienes y hasta la propia vida, como lo dice León de Greiff: “Juego mi vida, / cambio mi vida, / la llevo perdida / sin remedio”. No contento con multitud de loterías toda la semana, inventó una “paralotería”, el chance, (siempre algo ilegal, aunque al fin quedó legalizado) El licor es estimulado por el gobierno con “degustaciones” generosas de la Fábrica de Licores hasta en fiestas juveniles. El juego, las loterías y las apuestas son también un negocio que promueve y estimula el gobierno, dizque para financiar la salud. El antioqueño trata de tranquilizar su conciencia diciendo que no lo hace por placer, sino para ayudar a la educación (trago) y a la salud (lotería.) ¡Que contrasentido!

El antioqueño es arrogante, soberbio, “creído”, despectivo, pendenciero, vengativo. Es virulento en su lenguaje, sus apreciaciones, sus juicios, sus discursos, sus sermones. No se humilla a nadie, excepto “a mi Dios”. No perdona ninguna ofensa. Discute con pasión por cualquier motivo y nunca da el brazo a torcer. De ahí, tal vez, que esta tierra haya dado pocos filósofos y menos teólogos, pues el antioqueño

en su arrogancia no quiere ver otras razones que las propias, y no tiene flexibilidad para examinar las ajenas. Es fanático en religión, en política, hasta en la ciencia. No acepta “novedades”; todos tienen que seguir el camino trillado, pues, si no, estarían poniendo en peligro la estabilidad del grupo y la supremacía del jefe. Es algo que se da en la familia, el colegio, la empresa, el gobierno, la iglesia.

El argumento definitivo es la fuerza, ya de la autoridad, ya del dinero, aunque, quizás más, de las armas. El machete, la barbera y la escopeta ahora tiempos; hoy, la pistola, el revólver, la metralleta son la razón suprema. Es escalofriante el panorama de orden público en todo el Departamento y su capital: narcotraficantes, milicias urbanas, guerrilleros, paramilitares, delincuentes comunes y aun fuerzas del Estado, integradas casi exclusivamente por forasteros que desconocen la idiosincrasia del antioqueño y cometen atropellos imperdonables. Hay aspectos aberrantes de esa violencia. Los días de más asesinatos son los que deberían ser más festivos, alegres, íntimos, pacíficos: Navidad, Año nuevo, Día de la Madre. No es raro el caso de dos hermanos que se transen en batalla mortal para definir cuál quiere más a la mamá. O el sicario que arriesga la vida por “la Cucha”.

Uno de los defectos que más le reprochan los de fuera es el regio-

nalismo, fruto, como se vio antes, de su amor a la patria chica y al terruño, demostrado de mil maneras, pero, de manera notoria, en el entusiasmo con que canta el himno antioqueño. Lo aprende antes, y lo canta con mayor fervor, que el nacional. Antioquia ha sido una sociedad cerrada, especie de gueto al revés, pues es ella misma la que se aísla, no los otros quienes la arrinconan. No admite extraños, menos aún extranjeros, ni siquiera a una urbe tan importante como Medellín, donde, hasta hace muy poco, era escasa la presencia de bogotanos, caleños, santandereanos, ni siquiera manizalitas o pereiranos, tan paisas como nosotros. Pero, por fuera, se acobarda en defender su Departamento. Es lo que ha sucedido con la mayoría de los que llegan al alto gobierno nacional. Por temor a que los tilden de regionalistas se vuelven “bogoteños”.

Y junto con el regionalismo, una falta de apertura a nuevas ideas, pensamientos, desarrollos. Se anatematiza a cualquiera que enuncie algo diferente a la mayoría. No hay libertad de pensamiento porque la verdad ya está definida: la religiosa por el clero; la política por el gobierno; la científica por el maestro; la vital por el papá y la mamá; la de cualquier grupo por el jefe de la banda. Hablar de ecumenismo, de disenter, mucho menos de subversión, es herético.

El negocio para el antioqueño es más que una ciencia o una técnica,

una lucha a muerte. Aquí nadie puede crear una empresa de avanzada sin que se la copien 10 o más competidores. El antioqueño trata de valerse por sí mismo. Uno de los golpes más duros para el orgullo paisa fue la “toma” de Coltejer por Ardila Lulle, un santandereano. ¡El estandar de la industria antioqueña en manos forasteras! La respuesta fue formar el Sindicato Antioqueño, clan defensivo, en vez de apertura sin miedo.

Quizás el defecto más radical es la doblez, la hipocresía. Ya el Gobernador Silvestre lo notaba: “ignorantes e hipócritas son los más”. Piensa de una manera y actúa de otra. Si aparenta ser obsecuente, sumiso, hasta arrodillado, es para salvar el pellejo, para conseguir plata. Saluda ostentosamente al enemigo para hundirlo. Aplauda para humillar, al contrario de los norteamericanos que rechiflan para aplaudir. Hasta en lo más simple muestra su hipocresía. Habla de su “finquita” y resulta una inmensa hacienda. La apariencia externa de la vivienda es sencilla, pero por dentro posee un lujo deslumbrante de oro y mármoles y, sobre todo, una caja fuerte repleta de escrituras y billetes, de joyas y testamentos. Algo que delataba a los mafiosos antioqueños eran las cercas vistosas de sus fincas y la suntuosidad externa de sus casas. Lo aprendieron fuera, no aquí. Rompía por completo con la “humildad” acostumbrada. ¡Fue su ruina! Todos se morían de envidia, al decir de Cochise.

Y junto con la hipocresía, el chisme que se hace correr anónimo, en vez de hablar cara a cara. Una manifestación cultural o literaria muy socorrida es la copla, donde, en son de chanza, se ataca mordazmente al contrario. Por ejemplo, estas del *Cancionero antioqueño*: “Las muchachas de Concordia / son muchas y son bonitas, / pero son más pedigüeñas / que las ánimas benditas”. O esta otra: “Dicen qu’el hambre no mata, / Yo digo qu’eso es mentira, / ¿Cómo hay gente en Hatoviejo / sin comer toda la vida?”.¹¹⁸

El antioqueño ha convertido su residencia en una cárcel, con multitud de rejas, alambres de púa, candados, cerrojos, perros policías, alarmas, circuitos cerrados de televisión. Nada más deprimente para un extraño que recorrer los barrios de Medellín y los pueblos circundantes, especie de campos de concentración o prisiones de alta seguridad. Los ricos convirtieron El Poblado en guetos, unidades residenciales cerradas, donde ningún extraño puede entrar, donde se limita al mínimo el número de amigos o amigas que pueden departir o jugar con sus hijos, pues todo mundo es sospechoso. Alegan que es por seguridad, pero más parece xenofobia. Sin embargo, a donde va no admite que le cierren puerta alguna.

Un último defecto, no por incomprendible, menos real. Su conservadurismo a ultranza. En política, claro está, pero también en religión, cultura, hasta economía. Un pueblo, quizás el más culto desde la Colonia, (tanto en el siglo XIX como en el XX, contó con la mayor cobertura escolar del país, así la calidad fuera deficiente), es casi inconcebible que no sea el más liberal de toda Colombia. Mucho más, con tantas protestas de amor a la libertad, comenzando por el himno: “Oh libertad que perfumas(...) Yo que nací altivo y libre”, o por estas coplas que recoge Nito Restrepo en el *Cancionero Antioqueño*: “Mi Dios me dio mi albedrío / y me lo quieren quitar; / ¿mas, luego, no puedo usar / de lo que se llama mío?” Y esta otra: “Quien para libre nació / y cautivo se ve ya / antes de morir murió / pues le faltó libertá”.¹¹⁹ Ansioso de libertad, pero conservador hasta las cachas. ¡Contradicción total!

Imposible concluir este esbozo sin destacar algo que, siendo quizás la mayor virtud, es el origen de la mayoría de sus defectos. El clericalismo. El Cura en cada parroquia se arrogaba el derecho de moldear al pueblo, a la vez que acaparaba el mando en todos los aspectos, incluido el político. El obispo, en su diócesis, suplantaba al gobernador. La

¹¹⁸ Restrepo, Antonio José, *El cancionero antioqueño*

¹¹⁹ Restrepo, Antonio José, *O. c.*

mayoría de los sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas son virtuosos, aunque a su manera: prácticas externas, actos de devoción, limosnas, ritualismo. Pero, conscientemente o inconscientemente, han falseado el alma del pueblo. Lo han hecho acrítico, intolerante, fanático, de una moral de apariencias, puritana en lo sexual, pero laxa frente al odio, la venganza, la explotación del débil, los abusos económicos, la ambición de acaparar más y más riquezas. Como era imposible hacer que los fieles abandonaran sus ambiciones económicas o rehuyeran sus prácticas mercantiles fraudulentas, les ofrecieron la alternativa de ganarse el cielo con limosnas a la iglesia, al clero, a los religiosos y, de modo especial, a sus obras educativas y de beneficencia.

En cada pueblo y en cada parroquia el Cura, además de manejar la política, manejaba la educación: maestros y maestras. Como el gobierno, después de la Independencia y, más tarde, el liberalismo, desde mediados del siglo XIX, propiciaron una educación estatal que el clero consideró laicista, éste optó por la “educación católica”. ¡Fue fatal!. Confundió el derecho de enseñar la religión católica, con el de instruir y educar. Nació, así, una educación privada excluyente y, poco a poco, bastante elitista. La oficial, única que podía recibir el pueblo pobre, fue desprestigiada, degradada, anatematizada. Los maestros y profesores oficiales son

tratados como parias, como subversivos. Por desgracia, los perjudicados han sido los niños más necesitados.

Para concluir, quiero citar el compendio de virtudes y defectos del antioqueño que enuncia Daniel Mesa Bernal, los cuales se pueden reunir en dos grupos: religión y familia, por un lado, y actitud frente a la vida y los negocios, por el otro. El primero habla de “la religiosidad, la tendencia a recordar nombres bíblicos y orientales, la creencia en que el bienestar terreno es un premio que Dios da por el buen comportamiento, la superstición y la incongruencia entre las creencias y la acción. Igualmente, la unidad familiar, la alta natalidad, la endogamia, la valoración del linaje, la aversión al solterón y la hospitalidad”.

El segundo lo componen “el tradicionalismo, la reserva, la neurosis, el sentimiento de discriminación o persecución, la agresividad y la dificultad para perdonar. La expresividad en sus movimientos, la locuacidad y la extraversión. El asctismo y la propensión al ahorro. El sentido práctico y comercial. La actividad utilitaria y la afición al dinero. El sentido de la independencia económica. La afición al riesgo calculado y la propensión a negociar a crédito. La tendencia al juego. La truculencia y el anarquismo. La ostentación, la obsesividad y la exageración. La hipersensibilidad



al cumplimiento. La movilidad geográfica y la inclinación a unirse como grupo (regionalismo)¹²⁰.

Cada antioqueño podrá completar este listado. Podrá, también, de-

terminar, cuándo son virtudes y cuándo defectos. De todos modos, encontrará en lo más íntimo de su ser una cantidad asombrosa de energías a su disposición, como pocos grupos humanos poseen.

¹²⁰ Mesa Bernal, Daniel, *De los judíos en la historia de Colombia*, p. 303